

Tenerife.

Situada a poco más de cuatro grados del trópico de Cáncer, Tenerife presenta un abanico de paisajes subtropicales, definidos por la influencia de los vientos alisios. La isla constituye un gigantesco edificio volcánico coronado por el Teide. La vertiente meridional de la isla, mucho más árida, se adentra en el Atlántico formando laderas de lava fósil.

Conforme con su naturaleza volcánica, la costa es abrupta y muy accidentada, y en ella son abundantes las cuevas, los extraplomos y los túneles, que tienen su prolongación submarina. En este ambiente de penumbra tiene su hábitat un variado catálogo de peces y bellos invertebrados.

Los rincones arenosos son rastreados por el águila marina, que busca moluscos, crustáceos y peces de fondo.

En las cuevas se ocultan durante el día poderosos depredadores nocturnos. Aquí conviven varias especies de morenas, de más de un metro de musculosos cuerpos adaptados para deslizarse entre las grietas con las llamativas catalufas.

La brillante luminosidad del cielo de Tenerife, con unos rayos solares casi verticales, característicos de las latitudes bajas, permite la penetración de la luz en las aguas abiertas, recorridas por cientos de especies de peces catalogadas en las Canarias, de múltiples formas y colores y en movimientos casi permanente.

Sobre el fondo, peces como el torpedo, que posee órganos capaces de producir descargas eléctricas, tienen aquí su coto de caza y su despensa, repleta de abundantes invertebrados, cangrejos y hasta pequeños peces.

El bentos de Tenerife posee una rica variedad de erizos y grandes bivalvos, criaturas acorazadas con pocos depredadores, entre los que busca presas más fáciles, o incluso carroña, el gusano de fuego, una especie carnívora del género *Hermodice*, que posee centenares de delgadas espinas envenenadas.

En un paisaje submarino tan variado, las especies piscícolas de alto valor comercial completan la riqueza del ecosistema. En viaje hacia las profundidades, descubren los carnosos tentáculos de los ceriantos que se asoman a los oscuros veriles.

Más allá de los cuarenta metros de profundidad, el coral negro, un antozoo del género *Antiphates*, construye nuevos paisajes, formados por miles de pólipos, que atrapan organismos del plancton. Su esqueleto axial adopta estructuras ramificadas, que crecen sobre cornisas rocosas y aristas elevadas.

Y aquí, compitiendo por el espacio, extensos tapices de esponjas cubren casi por completo el sustrato eruptivo. Un lento proceso de ingeniería natural que llena de formas y colores los fondos más profundos e inaccesibles del sur de Tenerife.